

LA MESA  
Rafael-José Díaz

*In memoriam Jorge Eduardo Eielson*

Todas, ahora que lo pienso, han sido siempre una sola. Desde la primera que recuerdo, allá en la luz astillada de una infancia a la vez sombría y reluciente, hasta esta de hoy, de ayer más exactamente, que he comprado con la débil esperanza de habilitar un espacio más adecuado para lo que estoy haciendo ahora mismo: escribir. Hablo de las mesas, concretamente de las mesas en las que he escrito; las mesas en las que más tiempo he pasado solo, pues en las otras, las mesas para comer o los pupitres del colegio o las mesas del profesor durante los últimos diez años, me he sentido rodeado de familiares, amigos, compañeros o alumnos que han hecho que olvidara lo solo que a veces puedo llegar a estar. No así las mesas para escribir o leer, en las que rara vez me ha acompañado alguien (acaso sólo un par de veces he tenido sobre las rodillas a alguna criatura adorada que venía con su risa a distraerme de la lectura y a sugerirme que ésta, tal vez, tenía un lado oscuro y nocivo que hasta entonces se me había escapado). ¿Cómo podríamos compartir con alguien, aun con el ser más cercano, esos instantes casi mágicos, en los que se nos revela un mundo que no existe pero que lucha denodadamente por existir en los rostros enlazados de las palabras? ¿Cómo permanecer junto a nuestros conocidos o desconocidos luciendo esas máscaras casi siempre implacables en que se convierten las palabras cuando las escribimos? No, preferimos o necesitamos estar solos, no aceptamos la compañía de quien nos recuerda la poderosa cercanía del mundo real de nuestra vida y la fragilidad disfrazada de entereza de nuestras sombras o nuestros sueños. Solos en mesas que nos salvaguardan y nos exponen, desde las que nos presentamos al mundo como individuos reclusos y exclusivos que se desgastan entre cuadernos y libros; mesas que se convierten en nuestra celda y en nuestra atalaya, en nuestra alfombra voladora y en nuestra ancla. Y todas, creo hoy, son una y la misma porque tal vez todos los libros que hemos leído en ellas son uno y el mismo, y todo lo que hemos escrito en ellas conforma un texto único, siempre tal vez demasiado largo. La memoria, sin embargo, esa gran distinguidora, contiene entre sus incontables repisas imágenes de mesas diferentes, aromas de los distintos textos que hemos escrito en cada una, vientos que entraron de pronto por la rendija de una ventana entreabierta en una noche de verano o ramas nevadas de árboles en las que los pájaros se deslizaban ateridos durante uno de mis inviernos alemanes. Y aunque ni el viento, ni las ramas, ni los pájaros lograran nunca entrar realmente en la carne demasiado sólida de las palabras, aunque todo lo que estaba fuera de la mesa, delante o detrás de ella, a los lados, debajo o por encima, una parte, aun escasa, de lo que rodeaba al libro y a la mesa ha quedado guardada, intacta, en alguna de esas repisas de la memoria. Y así, ha quedado asociada para siempre a unas palabras que hubieran deseado contenerla. Cuántos días, así, han transcurrido en un trasiego entre el mundo y ese inframundo de máscaras que se exponía a veces frente a una ventana o se reservaba contra una pared de espaldas a ventanas y puertas. Días de capturas efímeras, de sobresaltos abortados, de escapadas incompletas, de saltos, de acrobacias, todo ello sin moverme nunca de un asiento, sin que los ojos se desplazaran al compás de las cosas, sino que permanecían inmóviles frente a montañas o nubes o balcones o se volvían hacia adentro mientras una pared pintada de amarillo, como ahora, abrazaba con su silencio la mirada. Extraña posición: los codos apoyados en la mesa y las manos sosteniendo una frente que muchas veces se hubiera dejado caer abatida sobre la madera. ¿Qué pensaban de mí quienes, a través de la ventana completamente abierta en las tardes del verano o casi cerrada del todo salvo por una rendija para la brisa perfumada del otoño, me veían así, con la espalda inclinada levemente hacia adelante, en combate silencioso con algo que ellos no veían y que nadie, al menos entre

aquellos vecinos aburguesados de una calle de provincias, hubiera considerado suficientemente importante como para prestarle una atención que parecía casi adoración? Pero tal vez ni siquiera se fijaban en mí, ocupados como estaban en sus pequeñas vidas (pequeñas, sí, en comparación con la mía, que yo creía inmensa en aquel tiempo por la sencilla razón de que apenas vivía, de que apenas había aprendido a vivir). Yo los veía desde mi ventana: un afán incesante, salidas y entradas, televisiones encendidas proyectando en la noche un rumor luminoso que la hacía más viva, una conversación en la terraza de un ático con unos amigos o tal vez futuros compradores, las largas horas que pasaba el marido de la costurera fumando su puro en el balcón, el ir y venir de la mujer del arquitecto, decoradora de interiores, por entre el escenario de cartón piedra en que había convertido su casa, luces que se encendían en medio de la noche y a las que llegué a responder con una linterna, el muchacho narigudo y trastornado que salió una vez en calzoncillos a la calle empuñando un cuchillo con ánimos de suicidarse y se derrumbó nada más llegar a la esquina, y sobre todo, y qué claridad alcanza la memoria al recordarlo, el rostro del muchacho de otro de los áticos que vi tantas veces en secreto, a través de la rendija de la persiana, con los antiguos prismáticos de mi padre. Adoración: no conozco una palabra mejor para intentar describir lo que sentía entonces cuando lo miraba. Una pura adoración visual. Estoy hablando ahora de la adolescencia, de un tiempo en que las cosas se hacían por impulso inmediato, siempre en la frontera inestable entre los principios inculcados por la autoridad familiar, religiosa o escolar y las inmensas franjas de vida desconocida y aún intacta que parecían incitarnos como los carteles de neón de una ciudad en la que entramos por primera vez. Aquel rostro que, ampliado gracias a los prismáticos, artificialmente aproximado a mi rostro, se imprimió en mi retina con una intensidad desconocida hasta entonces por mí: era como un ídolo, como un pequeño dios al que yo adoraba, temblando, en secreto, y mientras lo traía hasta mí con ayuda de la óptica era como si al mismo tiempo yo me acercara sigilosamente hasta él; ¿no era en realidad un puente de cristal lo que me permitía aproximarme a él, un puente o una delgada cuerda de funambulista lo que se tendía cada vez que lo veía asomarse al balcón o a la ventana, y entonces yo, solo en mi cuarto, cerraba la puerta, apagaba la luz si era de noche, bajaba con cuidado la persiana hasta dejar tan solo una pequeña rendija y me extasiaba durante un tiempo incalculable adorando aquel rostro de mi misma edad, de cejas pobladas y oscuras, pelo corto, negro y lacio y, sobre todo, ojos de un verde que me transportaba muy lejos de mí mismo, a algún lugar de luz indestructible y pura que allí, en aquellos ojos míos, mientras lo devoraba con la mirada, parecía reflejarse? Cuando, al cabo de un tiempo, desaparecía aquel rostro en el interior de la casa, yo me quedaba aún unos segundos contemplando su ausencia a través de los prismáticos, luego los retiraba y volvía a mirar hacia aquel ático con la vaga esperanza de que se repitiera el hechizo. Acababa asumiendo que no se repetiría tal vez hasta el día siguiente, en cualquier caso mis obligaciones de estudiante no me permitían convertirme en un vigía permanente de aquel balcón, de aquella ventana. Regresaba al libro abierto sobre la mesa, o a los apuntes de clase que estaban a su lado, y de vez en cuando la pupila espiaba las posibles apariciones en el ático. La puerta, a mi espalda, permanecía cerrada. Aunque no hablaran muy alto, la conversación de mis padres en la cocina me desconcentraba, o bien otras veces eran los pasos que resonaban en el pasillo, el ruido de un secador en el baño o las voces invasoras de algún programa de televisión. Durante el tiempo de estudio, quería que mi mundo fueran la mesa, los libros y cuadernos que la habitaban y todo lo que se divisaba desde allí a través de la ventana. Cuántas mañanas, cuántas tardes y noches pasé allí, separado del mundo pero con la íntima sensación de estar explorándolo, de ir trazando un camino posible en la extensión desconocida de mi propia vida. Necesitaba aquella soledad, y sin embargo a veces me gustaba que mi madre me interrumpiera para traerme la merienda o alguna carta que llegaba o simplemente su sonrisa al trasluz de la ventana, por la tarde. Oía el sonido de la

puerta al abrirse, me daba la vuelta mientras la tensión del estudio o la lectura daba paso a una distensión del alma, y ya la primera caricia en el pelo o en el cuello transformaba todo lo que había leído hasta entonces en un amasijo de palabras que yo mezclaba con el aliento, con la voz, con la sonrisa, con el cuerpo de mi madre. Las palabras destilaban dulzura, al menos durante el tiempo que ella permanecía conmigo en el cuarto, e incluso los más oscuros o destructivos o amargos sentidos cobraban una esperanza, recibían de aquel instante de amor una luz que, de algún modo, luego siempre los acompañaría. Otras veces, en cambio, sobre todo durante las mañanas de los años de universidad, mi madre prefería no interrumpir mis horas de estudio, y entonces yo la imaginaba en sus quehaceres: limpiando los muebles de la sala o preparando el almuerzo en la cocina. Los ruidos que hacía llegaban amortiguados hasta mi mesa, y la mañana transcurría como una partitura en la que se alternaban chorros de agua que caían sobre una superficie metálica, el canto del canario puesto al sol del balcón, la voz de mi madre al teléfono, pasos tranquilos o apresurados por el pasillo o la parsimoniosa campanilla de la alarma del horno. Partitura o tejido o tapiz sonoro como fondo de mis mañanas de estudiante universitario. Algunos años más tarde escribiría un poema en el que se habla de una mañana similar a otra de aquel tiempo: salgo del cuarto y, cuando llego al dormitorio de mis padres, veo a mi madre haciendo la cama; todo está lleno de luz, los cuerpos y las sábanas, el aire y el alma, los ojos y las manos, las cortinas y los recuerdos (la memoria, sí, está llena de la luz de otra mañana en que mi madre cosía junto a la ventana de su dormitorio); y esa luz que todo lo ocupa es blanca y se diría que nada podría mancharla o debilitarla o destruirla. Ese instante, esa escena no me pareció real en el momento en que la viví, y aunque al intentar transcribirla en el poema me estaba alejando aún más de la realidad, lo cierto es que si la escribí fue con la intención de devolverle la carne, la sangre, el aliento que aquella luz tan blanca parecía habernos sustraído a mi madre y a mí en aquel lugar, convirtiéndonos en meros fantasmas petrificados fuera del tiempo. El poema, sin que yo haya sabido nunca si logró escapar a la condena de las palabras, figura en uno de mis libros. Fue, como casi todos los de aquella época, escrito en la mesa de mi habitación. Qué sentido podría tener ahora rememorar las circunstancias que originaron otros poemas, sobre todo cuando algunos de ellos nacieron sin que yo los esperara, mientras estaba acostado con la luz de la habitación ya apagada. La duermevela, a la que siempre le ha costado conquistarme para el sueño, me sugería unas palabras que yo tenía que levantarme rápidamente a anotar en alguno de los folios que tenía desperdigados sobre la mesa. Esto debía hacerlo a oscuras, pues algo me decía que encender la luz en aquel momento acarrearía la pérdida de aquellas palabras casi susurradas al oído. Como si la luz en aquel instante abriera un pozo en medio de la noche por el que las palabras caerían y se perderían para siempre. No recuerdo si esto ocurrió alguna vez o si fue sólo producto de mi imaginación. Sí ocurrió, sin embargo, que dos o tres veces confíe en exceso en mi memoria y dejé de levantarme a escribir a oscuras, con grandes letras temblorosas de sonámbulo, las palabras dictadas. Entonces, indefectiblemente, se perdían. Ningún rastro de ellas quedaba ya por la mañana. Nada. Ni una sílaba, ni un ritmo, ni un sentido. Y entonces, al levantarme, la mesa me recordaba ominosamente aquel poema que me había sido confiado y que yo, en mi indolencia, no había sabido conservar.